

EL MISTERIO ESTÁ EN UN ALFARJE

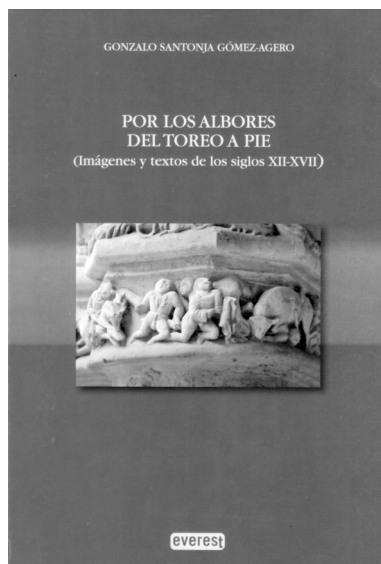


Fig. n.º 26.- Santonja, Gonzalo (2012): *Por los albores del toreo a pie*, León, Everest, 2012, 208 págs. + ils. color, en 4º, rústica.

Gonzalo Santonja y Gómez-Agero, catedrático de Literatura Española de la Universidad Complutense de Madrid, con estos *Albores del toreo a pie (Imágenes y textos de los siglos XII-XVII)* prolonga su anterior libro del mismo tema *Luces sobre una época oscura (El toreo a pie del siglo XVII)* publicado en la misma editorial Everest en 2010 (y que ha merecido una segunda edición). En ellos expone, suficientemente documentado, el origen del toreo a pie en épocas

anteriores a la gran invención de las corridas de toros lideradas por toreros a pie en el siglo XVIII de las que las actuales son su directa consecuencia. Muchos autores han afirmado precipitadamente que el toreo pedestre es una invención acaecida en las grandes plazas de toros de Madrid, Sevilla, Cádiz, etc. en la segunda mitad del siglo XVIII a la vez que afirmaban que, con anterioridad, sólo había toreo caballeresco. Sin embargo, Santonja demuestra satisfactoriamente que el toreo a pie es mucho más antiguo y que se extendió a partir del siglo XVI en la mitad norte de la Península, para lo que lee con inteligencia documentos relativos a corridas celebradas en Medina del Campo, en Valladolid, en Segovia, etc. En Sevilla, como publicó en los años cuarenta del siglo pasado Toro Buiza, se dio un antecedente de gran importancia y fue la serie de corridas de toros que se celebraron, al menos desde el siglo XVI, en el Matadero de Sevilla, con tanto éxito que al amenazar la integridad del edificio provocaron la prohibición de la entrada al personal que no tuviera una función determinada en el proceso de realización de carne para el abasto de la ciudad. Sin embargo, estas prohibiciones que jalonan las actas municipales son tan repetidas que no nos queda más remedio que aceptar que eran burladas tanto por el público como por los empleados del macelo. Esta desobediencia civil fue tan pertinaz que cuando se produjo el fatal desenlace de *Pepe-Hillo* y se vino encima la Guerra de Independencia, todo ello unido a las prohibiciones de correr toros que multiplicaron los sucesivos reyes de España, el toreo estaba a punto de desaparición, Fernando VII decidió, bien aconsejado por el conde de la Estrella, crear una escuela de tauromaquia que, volviendo a enseñar el arte del toreo, permitiera que bajaran al ruedo hombres que supieran el oficio y lidiaran sin peligro de muerte y, en la certeza de que en el macelo sevillano había quienes sabían aun torear y podían transmitir sus conocimientos, decidió fundar la Real Escuela de Tauromaquia

en el Matadero de Sevilla. Posiblemente fue en el entorno de Sevilla donde surgió el toreo moderno: en los mataderos de Córdoba y Cádiz, igualmente que en Sevilla, a pesar de las prohibiciones se siguió toreando sin interrupción. Sabemos por Álvaro Martínez-Novillo que en Córdoba se celebraron fiestas de toros en la plaza de la Corredera para, con el producto de las entradas, financiar la adquisición de uniformes para las tropas empeñadas en la guerra contra los franceses; igualmente, por Guillermo Boto que, en Cádiz, se celebraron numerosas corridas de toros –con privilegio real de hasta doscientos astados anuales– para la financiación de la restauración y ampliación de las murallas que defendían una ciudad tan deseada por las armadas de países extranjeros. Así pues, mientras estaba prohibido correr toros en toda España, Sevilla y Cádiz siempre gozaron de privilegios reales para sacrificar toros y disfrutar con las corridas. De estos privilegios se benefició también Ronda, una ciudad muy amenazada por la proximidad de Gibraltar: de ahí que las Reales Maestranzas de Sevilla y Ronda construyeran tempranas plazas de toros y se pusieran a la cabeza del arte del toreo. El que suscribe también en su momento se preocupó seriamente de este tema crucial para los aficionados en su pequeño ensayo *Una luz sobre la época oscura de la tauromaquia* (Sevilla, 1999), donde señaló la importancia de la invención y perfeccionamiento de la suerte de matar –tarea que recayó en toreros andaluces– en la invención de la corrida de toros de muerte.

El profesor Santonja, en su bello libro sobre *Los albores del toreo a pie* se interesa, entre otros asuntos taurinos de la época oscura, por la tauromaquia medieval y hace una lectura original de las pinturas que embellecen «toda la superficie de madera vista» del techo –el alfarje– del claustro del monasterio de Santo Domingo de Silos donde fue plasmada –según la penetrante mirada taurina de Santonja– una auténtica tauromaquia medieval, en la que se enfrentan a los toros tanto caballeros

montados en veloces corceles como toreros a pie lujosamente vestidos que realizan distintas suertes. Las pinturas de este sensacional alfarje fueron publicadas y comentadas en la *Revista de Estudios Taurinos* por Javier Monclova en un artículo titulado “Escenas taurinas” (1999, n.º 10). Así pues en el alfarje del claustro de Santo Domingo de Silos «nos encontramos con una secuencia perfectamente ordenada, coherente y de intención descriptiva del alanceamiento a caballo y las suertes de a pie que entonces se practicarían por aquellas comarcas, extendidas más allá de Silos y sus aledaños». Las pinturas de Silos, probablemente realizadas por artistas burgaleses –como propone la restauradora del claustro, Ana Carrasón– son ordenadas por Santonja en once grupos de a dos viñetas con el torador y el toro¹, lo que le permite «leer» una auténtica Tauromaquia desplegada en una serie de veintidós viñetas.

Los dos libros del profesor Gonzalo Santonja constituyen una importante contribución al conocimiento de los orígenes de la Tauromaquia cuya lectura recomendamos vivamente.

Pedro Romero de Solís
Fundación de Estudios Taurinos

¹ Parece ser que la voz torero fue utilizada para denominar a los caballeros que se enfrentaban con los toros y toradores para los hombres de a pie.